

# NOTAS NOTAS

conciencia despierta, lúcida, revolucionaria. Wong termina: "...creo que con todo esto hemos dado término a estos rasgos de una literatura que todavía permanece en una especie de submundo del olvido, alejada del quehacer literario latino americano por su incomunicación, aunque internamente ocurre el milagro de la creación".

Los artículos y autores que se encuentran en este *Panorama actual de la literatura latinoamericana* son:

*La actual literatura mexicana,*  
por Emmanuel Carballo

*La Vanguardia en la literatura panameña,*  
por Carlos Wong Broce.

*La actual literatura latinoamericana vista desde España,*  
por José María Castellet.

*Nueva literatura Guatemalteca,*  
por Manuel Galich y Arqueles Morales.

*La actual literatura de Colombia,*  
por Jorge Zalamea.

*Las actuales letras salvadoreñas,*  
por Alvaro Menén Desleal.

*La actual literatura de Venezuela,*  
por Edmundo Aray.

*Literatura Nicaragüense,*  
por Mario Benedetti.

BLAS PEROZO NAVEDA.

José Ramón Silva Chirinos, el autor de este cuento es ganador de una mención en el VII Concurso Literario promovido anualmente por la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia y cuyos jueces fueron Salvador Garmendia, Alfonso Cuesta y Cuesta y César David Rincón. Este tiraje es de mil ejemplares solamente. La característica que más nos llega de este cuento es el experimentalismo del lenguaje aunado a una temática central, a un eje que sirve de sostén. Se observa en Silva Chirinos una conciencia que fluctúa entre una tremenda lucidez y una ceguera que lo lleva a la tragedia de la inmovilidad. El resultado: un mundo, un espacio, una realidad hecha como de retazos pero violenta hasta en la modorra de aquellos que llegaron a una Caracas "desconocida, para una misión desconocida, mandados por un hombre que no conocían más que de nombre".

Miles de nombres que giran dentro del espacio, del tiempo creado con el lenguaje. Giran sin una aparente finalidad y nos dá la idea de que el narrador se ha sentido envuelto, arrastrado, en el torbellino mismo de la narración, del discurrir lineal y mágico de la palabra con su inmenso poder demiúrgico, de unión de enmatrimoniamiento.

Silva Chirinos entra con los ojos cerrados a la creación, sin armas tal vez, apenas sí con una luz. Y a medida que va surgiendo el acontecimiento, a medida que van naciendo las imágenes, ligadas al recuerdo, producto posiblemente de una diversidad de notas tomadas al azar; va penetrando y liberando fantasmas y gente de cuerpo presente, echando mano a

# NOTAS NOTAS

combinaciones por demás sorprendentes:

“Aunque sólo podía ser escuchado por Domingo, en la oscura seguridad de que éste entregaría limpiamente al testigo dijo:

—Busque a Felipe—.

Fonéticamente el testigo estaba entregado”.

Nos percatamos que hay como una trampa. Una trampa que es más que un juego simple. Va más allá del haber ubicado a alguien. Buscamos la relación de la palabra “fonéticamente”, por ejemplo, y no la encontramos. Nos parece sin ubicación, absurda. Aunque después sigamos leyendo sin retroceder, nos queda pululando el “fonéticamente”. Y es que parece que lo esencial —sin decir que lo ha hecho con alevosía, con premeditación— el centro mismo, la pepita de lo que narra —y la manera de narrar— en Silva Chirinos, está en ligazón, entrabado, con lo descoyuntado, con lo absurdo, por lo menos en apariencia:

“Adriano y Máximo eran la otra cara de la moneda de Lino y Marcelino, sólo que éstos perdían el tiempo que tenían para salir, buscando cual traje correspondía a cual salida, y como esto es absurdo si no se tiene en realidad cita de antemano, uno peleaba al otro, resultando otra pérdida de tiempo para evadirse del hotel”.

Más todavía:

Después vinieron Asdrúbal, Marcial, Ignacio y Felipe y fueron absorbidos, no por la ciudad como los otros sino por la rutina

que les iba sacudiendo el ropaje de delincuentes y los dejaba limpios de anécdotas sucias pero vacías para las situaciones”.

Hay una manera de decir las cosas no lógica y que el escritor parece reconocer, como un hallazgo, a cada instante. Parece que ha entrado a relatar desarmado, felizmente diríamos, los acontecimientos. No esperamos algo cuando vamos leyendo. Así de pronto, surgen significaciones evidentemente ligadas a un lenguaje personal y diario, de jerga:

“Ignacio, liliputiense y peso sople, con antecedentes de jinete en Chile, quiso, en un principio, serlo y llegó a vivir en ese mundo pero no con licencia para conducir puros de carreras sino como agente apostador”.

Antes ha dicho el narrador:

“Asdrúbal nunca creyó ganarse la vida como electricista de primera cuando en Colombia no era sino de cuarta y a veces hasta de los que esperan turno”.

El cuento comienza cuando a un sitio cualquiera, al principio un sitio sin nombre, diluido, llega un hombre que supuestamente debía ser esperado. Uno descubre, después de retroceder en la lectura, que antes de descender ha existido en el aire una pregunta que el narrador apenas si sugiere:

“Máximo se detuvo a considerar si hablaba para sí o con el hombre que le ganaba el muelle y no le daba oportunidad para igualar

# NOTAS NOTAS

su línea de desplazamiento. Estaban más del lado de las preguntas aquellas palabras y Daboin las entendió así...”

El que esperaba en el muelle al que había “venido” de un sitio que uno ignora se ha sentido reconocido y le ha dicho:

“Así que ya no tenemos qué preguntarnos”.

◦ El lector comienza a preguntarse a qué ha venido y es al rato cuando leemos:

“No sabían cuantos eran y debían esperar más cada hora, a cada día y hasta cada mes, así estuvieron en Caracas para una invasión subversiva dentro de dos días...”

Y siguen llegando hombres y hombres hasta formarse entre ellos grupos distintos y con recelos entre sí, todo descrito y visto con los ojos de lo aparentemente absurdo.

Esos hombres llegan y al no encontrar quien los había contratado y mandado a buscar, a quien los mantenía sin salir del anonimato, comienzan a vivir sus vidas suscitándose escenas absurdas en sí mismas, inesperadas:

“...sus pupilas brillantes se estiraban y el hombre ya no era sino un miserable, un poco de carne envuelta con un cartelito en el pecho diciendo: idiota”.

Situación inesperada y cargada de un olor humorístico definido en lo negro y en la manera misma de la simpleza con que se cuenta que un tipo, un algo, alguien, camine y tenga

colgado un letrerito que lo defina velozmente.

Todos se pierden. Todos los que llegan se pierden en la ciudad, siempre obedeciendo y pendientes de las órdenes de un alguien todopoderoso que no se deja ver sino hasta el final. Un hombre llamado Horacio dispuesto a llevar a cabo una guerra con Guyana, una guerra insólita y extraña. A través del relato hay siempre una expectativa característica del relato policial. Detrás sin embargo se encuentra la sorna del narrador y unas voces en off, que de acuerdo a los fantasmas del lector, adquiere diversidad de significaciones. Así, adentrándonos con imprudencia, nos llegan imágenes de una burocracia que arruina a un país equis sin piedad. Imágenes y sensaciones de una violencia soterrada, malsana y un núcleo de seres humanos perdidos, alienados, deambulando por las ciudades, castigados sin redención.

La imagen de Horacio que percibimos es la del poder. Siendo además ambigua en cuanto a sí es el poder en ejercicio, represivo, o es la vitalidad, la Fortaleza.

Para concluir, debemos decir que el aire difuso, a ratos microscópico, a ratos con descripciones físicas a plumazos, extrañas, violetas, muy personales de este joven escritor, le dan un clima poseído solo por obras como *El Proceso* de Kafka.

Confesamos también que todo cuanto hemos visto y percibido es apenas esa visión que surge en el lector, siempre diferente en cada lector, llena de los fantasmas, vivencias e interpretaciones personales del autor de esta nota.

*Blas Perozo Naveda.*